

tras que en el otro extremo de la sala, Delmar, de pié, dominaba la asamblea.

En la mesa presidencial apareció Sénécal.

Aquella sorpresa, había pensado el buen dependiente que agradaría á Federico, mas por el contrario le molestó.

La muchedumbre demostró á su presidente una gran deferencia. Era de aquellos que el 25 de Febrero había querido la inmediata organización del trabajo; al día siguiente, en el Prado, se había pronunciado porque se atacará al Ayuntamiento; y como cada personaje se arreglaba entonces por un modelo, el uno copiaba á Saint Just, el otro á Danton, el otro á Marat, él trataba de parecerse á Blanqui, que á su vez imitaba á Robespierre. Sus guantes negros y su pelo cortado al rape le daban un aspecto rígido, extremadamente conveniente.

Abrió la sesión con la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, acta de fé habitual. Después con vigorosa voz entonó *Los Recuerdos del pueblo* de Beranger.

Otras voces se elevaron.

—No, no; eso no.

—*La Casquette*; se pusieron á ahullar, en el fondo los patriotas.

Y cantaron en coro la poesía del día.

*¡Abajo el sombrero ante mi gorra,  
De rodillas ante el obrero!*

A una palabra del presidente se calló el auditorio. Uno de los secretarios procedió al extracto de las cartas.

—Algunos jóvenes anuncian que queman todas las noches delante del Panteon un número de *La Asamblea Nacional*, y á la vez invitan á todos los patriotas á seguir su ejemplo.

—¡Bravo! ¡aceptado! —contestó la multitud

—El ciudadano Juan Jacobo Langreneux, tipógrafo, calle Dauphine, quisiera que se levantara un monumento á la memoria de los mártires de Termidor.

—Miguel Evaristo Nepomuceno Vincent, ex-profesor, emite el deseo de que la democracia europea adopte la unidad de idioma. Podría utilizarse una lengua muerta, como, por ejemplo, el latín perfeccionado.

—No, nada de latín —exclamó el arquitecto.

—¿Por qué? —preguntó un maestro de estudios.

Y aquellos dos señores entablaron una discusión, á la que se mezclaron otros, lanzando cada cual su frase para deslumbrar, no tardando en convertirse en fastidiosa de tal suerte que muchos se marchaban.

Pero un viejecito, que llevaba en lo más bajo de su frente prodigiosamente alta gafas verdes, pidió la palabra para una comunicacion argente.

Se trataba de una memoria sobre la distribución de los impuestos. Las cifras corrían en ella, sin vérselo el fin. La impaciencia estalló primeramente por algunos murmullos y conversaciones; pero nada le turbó. Después se pusieron á silbar, llamaban á «Azor», Sénecal respondió al público; el orador continuaba como una máquina. Fué preciso para detenerle tirarle de la manga. El buen hombre pareció salir de un sueño, y dijo quitándose tranquilamente sus gafas:

—Perdon, ciudadanos, perdon. Me retiro, dispensadme.

El fracaso de aquella lectura desconcertó á Federico. Tenía su discurso en el bolsillo, pero hubiera valido más una improvisación.

Por fin el presidente anunció que iban á pasar al asunto importante, á la cuestion electoral. No se discutirían las grandes listas republicanas. Sin embargo, *El Club de la Inteligencia* tenía perfecto derecho, como cualquier otro, para formar una «con perdon de los señores del Ayuntamiento» y los ciudadanos que solicitaran el mandato popular podían exponer sus títulos.

—Aude usted—dijo Dussardier.

Un hombre con sotana, pelo rizado y de fisonomía petulante, había ya levantado la mano. Declaró, tartamudeando, llamarse Ducretot, presbítero y agrónomo, autor de una obra titu-

lada *De los abonos*. Le remitieron á un círculo horticultor.

Después un patriota de blusa ocupó la tribuna. Era un plebeyo, ancho de espaldas, de fisonomía gorda y muy dulce, con largos cabellos negros. Recorrió la asamblea con una mirada casi voluptuosa, echó hacia atrás la cabeza, y separando los brazos, dijo:

—Habeis rechazado á Ducretot, hermanos míos, y habeis hecho bien, pero no ha sido por irreligión, porque todos nosotros somos religiosos.

Muchos escuchaban con la boca abierta, con aire de catecumenos y pintunas extáticas.

—No ha sido tampoco porque es sacerdote, porque nosotros también somos sacerdotes. El obrero es sacerdote, como lo era el fundador del socialismo, nuestro maestro Jesucristo.

Había llegado el momento de inaugurar el reinado de Dios. El Evangelio llevaba derechamente al 89. Después de la abolicion de la esclavitud, la abolicion del proletariado. Se había pasado de la edad del odio y estaba para empezar la edad del amor.

—El cristianismo es la llave de la bóveda y el fundamento del nuevo edificio...

—¿Se burla usted de nosotros? —exclamó el corredor de alcoholes.—¿De dónde ha salido semejante sandio?

Aquella interrupcion causó gran escándalo. Casi todos se subieron en los bancos, y vociferaban con el puño extendido: «Ateo, aristócrata, canalla» mientras que la campanilla del presidente sonaba incesantemente y redoblaban los gritos de «¡al orden! ¡al orden! Pero intrépido, y sostenido además por «tres cafés» tomados antes de venir, se movía en medio de los otros.

—¡Cómo! ¡Yo un aristócrata! ¡Vamos!

Consentido que al fin se explicaría, declaró que jamás se viviera en paz con los sacerdotes, y puesto que se había hablado hacía un momento de economías, sería una famosa la de suprimir las iglesias, las sagradas formas, y finalmente todos los cultos.

Alguien le objetó que iba lejos.

—Sí, voy lejos. Pero cuando un barco se ve sorprendido por la tempestad...

Sin esperar el final de la comparación, otro le contestó:

—Conformes; pero eso es demoler de un solo golpe, como un albañil sin discernimiento.

—Insulta usted á los albañiles—ahulló un ciudadano cubierto de yeso. Y obstinándose en creer que le habían provocado, vomitaba injurias, quería batirse, se montaba en su banco. No fueron demasiados tres hombres para echarle fuera.

Esto no obstante, el obrero continuaba en la tribuna. Los dos secretarios le advirtieron que debía bajar; él protestó contra la violencia que se le hacía.

—No me impedireis gritar: ¡eterno amor á nuestra querida Francia; amor eterno también á la República.

—Ciudadanos — dijo entonces Compain;— ciudadanos.

Y á fuerza de repetir: «ciudadanos» obtuvo algún silencio, apoyó en la tribuna sus dos manos coloradas, que parecían zoquetes, adelantó el cuerpo, entornó los ojos y dijo:

—Creo que era preciso dar mayor extensión á la cabeza de ternero.

Todos callaron, pensando haber oído mal.

—Sí; á la cabeza de ternero.

Trescientas carcajadas estallaron á la vez. El techo tembló. Ante todas aquellas caras trastornadas por la alegría, Compain se echó atrás, y replicó furioso:

—¡Cómo! ¿no conoceis la cabeza de ternero?

Aquello fué un paroxismo, un delirio. Apretaban los costados; algunos hasta se caían al suelo, debajo de los bancos. Compain, no pudiendo continuar, se refugió cerca de Regimbart y quiso llevarsele.

—No; me quedo hasta el final—dijo el ciudadano.

Aquella respuesta decidió á Federico; y como buscase, á izquierda y derecha á sus amigos para sostenerle, vió, delante de él á Pellerin en la tribuna. El artista se dirigía á la multitud.

—Quisiera saber dónde está el candidato del Arte á todo esto. Yo he hecho un cuadro...

—No tenemos que hacer con los cuadros—dijo brutalmente un hombre flaco, que tenía manchas rojas en los pómulos.

Pellerin exclama que le interrumpían.

Pero el otro en tono trágico replicó:

—¿No debía haber abolido ya el Gobierno por un decreto la prostitución y la miseria?

Y aquella frase le valió inmediatamente el favor del pueblo, tronando contra la corrupción de las grandes poblaciones.

—Infamia y vergüenza. Debíamos atrapar á los burgueses al salir de la *Maison d'or* y cruzarles la cara. ¡Si el gobierno no favoreciera, al menos, el escándalo! Pero los empleados de consumo son muy indecentes, con nuestras hijas y nuestras hermanas...

Una voz profirió de lejos:

—Eso es *rigolo*.

—A la puerta.

—Se nos sacan contribuciones para pagar el libertinaje. Así los grandes sueldos de actor...

—A mí—exclamó Delmar.

Saltó á la tribuna, apartó á todo el mundo, tomó su postura, y declarando que despreciaba las triviales acusaciones, se extendió sobre la misión civilizadora del cómico. Puesto que el teatro era el foco de la instrucción nacional, votaba por la reforma del teatro, y en primer término, no más direcciones, no más privilegios.

—Sí, de ninguna manera.

El juego del actor enardecía á la multitud y se cruzaban mociones subversivas.

—¡No más academias! ¡no más institutos!

—¡No más comisiones!

—¡No más bachillerato!

—¡Abajo los grados universitarios!

—¡Conservémosles!—dijo Sénecal—pero que se confieran por sufragio universal, por el pueblo, único juez verdadero.

Lo más útil, por otra parte, no era eso. Se necesitaba en primer lugar pasar el nivel sobre la cabeza de los ricos. Y les presentó atacándose de crímenes bajo sus dorados techos, mientras que los pobres, se retorcían de hambre en sus bohardillas, cultivando todas las virtudes. Los aplausos se hicieron tan fuertes, que se interrumpió. Durante algunos minutos, permaneció con los párpados cerrados, la cabeza atrás y como meciéndose sobre aquella cólera que levantaba.

Después se puso á hablar de una manera

dogmática, con frases imperiosas como leyes. El Estado debía ampararse del Banco y de los Seguros.

Abolirse las herencias; establecerse un fondo social para los trabajadores. Otras medidas serían buenas para el porvenir; aquellas bastaban al presente; y volviendo á las elecciones, añadió:

—Necesitamos ciudadanos puros, hombres enteramente nuevos. ¿Hay alguno que se presente?

Federico se levantó. Hubo un murmullo de aprobación producido por sus amigos. Pero Sénecal, tomando una figura á lo Jouquier-Inville, se puso á interrogarle acerca de sus nombres, apellidos, antecedentes, vida y costumbres.

Federico le contestaba sumariamente y se mordía los labios. Sénecal preguntó si alguien tenía obstáculo que oponer á aquella candidatura.

—No, no.

Pero él sí lo veía. Todos se inclinaron y alargaron las orejas. El ciudadano protestante no había dado una cierta suma prometida para una fundación democrática, un periódico. Además, el 22 de Febrero, aunque fué suficientemente advertido, había faltado á la cita, en la plaza del Panteón.

—Yo juro que estuvo en las Tullerías—exclamó Dussardier.

—¿Puede usted jurar haberle visto en el Panteón?

Dussardier bajó la cabeza. Federico se callaba; sus amigos escandalizados le miraban con inquietud.

—A lo menos—replicó Sénecal—¿conoce usted un patriota que nos responda de sus principios?

—Yo—dijo Dussardier.

—¡Oh, eso no es bastante, otro.

Federico se volvió hacia Pellerin. El artista le contestó por multitud de gestos que significaban: «Amigo mío, á mí me han rechazado ¿qué diablo quiere usted hacerle?»

Entonces Federico tocó con el codo á Regimbart.

—¡Oh, sí, es verdad, ya es tiempo, voy allá!

Y Regimbart subió la escalera; después indicando al español que le había seguido, añadió:

—Permitidme, ciudadanos, que os presente á un patriota de Barcelona.

El patriota hizo un gran saludo, movió como un autómeta sus ojos de plata, y con la mano sobre el corazón, dijo:

—Ciudadanos: mucho aprecio el honor que me dispensais, y si grande es vuestra bondad, mayor es vuestra atención.

—¡Pido la palabra!—gritó Federico.

—Desde que se proclamó la Constitución de Cádiz, ese pacto fundamental de las libertades españolas, hasta la última revolución, nuestra patria cuenta numerosos y heroicos mártires.

Federico una vez más quiso hacerse oír.

—¡Pero ciudadanos!...

El español continuaba:

—El martes próximo tendrán lugar en la iglesia de la Magdalena unos funerales.

—¡Pero esto es absurdo, nadie comprende!

Aquella observación exasperó á la muchedumbre.

—¡A la calle, á la calle!

—¿Quién, yo?—preguntó Federico.

—Usted mismo—dijo majestuosamente Sénecal.—Salga usted.

Se levantó para marcharse, y la voz del ibero le perseguía.

—Y todos los españoles desearían ver allí reunidas las diputaciones de los clubs y de la milicia nacional. Una oración fúnebre, en honor de la libertad española y del mundo entero, será pronunciada por un miembro del clero de París en la sala Bonne-Nouvelle. Honor al pueblo francés, que llamaría yo el primer pueblo del mundo, si no fuese ciudadano de otra nación.

—¡Aristo!—chilló un quidam enseñando los

puños á Federico, que se lanzó hácia el patio indignado.

Se reprochó su sacrificio sin reflexionar que las acusaciones que le fueron dirigidas eran justas después de todo. ¡Qué fatal idea la de aquella candidatura!

¡Pero qué asnos! ¡qué pillos! Comparábase con aquellos hombres y aliviaba con su necesidad la herida de su orgullo.

Después sintió necesidad de ver á Rosanette. Después de tantas fealdades y tanto énfasis, su gentil persona sería un consuelo. Sobía ella que debía aquella noche presentarse en un club. Sin embargo, cuando entró ni siquiera le hizo una pregunta.

Hallábase cerca del fuego descosiendo el forro de un vestido. Semejante trabajo le sorprendió.

—¡Calla! ¿qué es lo que haces?

—Ya lo ves,—dijo secamente.—Compongo mis trapos. Esto es tu República.

—¿Por qué mi República?

—¿Quizás será la mía?

Y se puso á censurar todo lo que pasaba en Francia desde hacía dos meses, acusándole de haber hecho la revolución, de ser la causa de su ruina, de que las gentes ricas abandonaran á París, y que más tarde ella iría á morir al hospital.

—Tú hablas á tu gusto con tus rentas. Por lo demás, al trote que esto va, no las tendrás mucho tiempo.

—Puede—dijo Federico; —los más decididos son siempre desconocidos; y si uno no tuviera su conciencia, los brutos con quienes uno se compromete le harían aborrecer la abnegación.

Rosanette le miró con ceño.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Qué abnegación? ¿El señor no ha tenido éxito, á lo que parece? Tanto mejor; eso te enseñará á hacer dones patrióticos. ¡Oh! No mientas. Sé que les has regalado trescientas pesetas, porque tu República se hace mantener. Pues bien, diviértete con ella, buen hombre.

Ante aquella avalancha de necedades, Federico pasó de su otra contrariedad á una decepción más pesada. Se retiró al fondo de la habitación, y ella se le acercó.

—Vamos, razona un poco. En un país como en una casa, se necesita un amo; de otro modo cada cual baila como le place. En primer lugar todo el mundo sabe que Ledru-Rollin se vé lleno de deudas. En cuanto á Lamartine, ¿cómo quieres que un poeta entienda de política? Puedes mover la cabeza y creerte con más talento que los otros, lo que digo es la verdad, sin embargo. Pero tú discutes siempre, no se puede meter baza contigo. Mira, por ejemplo, á Four-

nier-Fontaine, de los almacenes de San Roque, ¿sabes cuánto pierde? ochocientas mil pesetas. Y Gomer, el embalador de enfrente, este es otro republicano, rompía las tenazas en la cabeza de su mujer, y ha bebido tanto ajenjo, que van á encerrarle en una casa de salud. Como este son todos los republicanos. Una República á 25 por 100. Ah, sí, jáctate.

Federico se marchó. La ineptitud de aquella chica, presentándose de repente con un lenguaje populachero, le disgustaba, y hasta se sintió de nuevo patriota.

El mal humor de Rosanette fué en aumento. La Vatnaz la irritaba con su entusiasmo. Creyéndose en misión, tenía rabia por perorar, por catequizar, y más fuerte que su amiga en esas materias, la aplastaba con argumentos.

Un día llegó toda indignada contra Hussonnet, que acababa de permitirse bromas en el club de las mujeres. Rosanette aprobó aquella conducta, hasta declarar que usaría traje de hombre para ir á «decirles á todas lo que merecían y pegarlas.» Federico entró en aquel momento: «Tú me acompañarás ¿no es verdad?»

Y á pesar de hallarse él delante, se enzarzaron, haciéndose una la burguesa y filósofa la otra.

Las mujeres, según Rosanette, habían nacido exclusivamente para el amor ó para criar niños

y estar al frente de una casa. Según la Vatnaz, la mujer debía tener su puesto en el Estado. En otro tiempo, las galas legislaban, también las anglosajonas, y las esposas de los Hurons formaban parte del Consejo. La obra civilizadora era común. Se necesitaba el concurso de todos y sustituir por fin el egoísmo con la fraternidad, el individualismo con la asociación, al sistema parcelario el gran cultivo.

—Vaya ¡ahora entiendes tú de cultivo?

—¿Por qué no? Por otra parte se trata de la humanidad, de su porvenir.

—Ocúpate del tuyo.

—Eso es cosa mía.

Iban incomodándose y Federico se interpuso. La Vatnaz se acaloraba y hasta llegó á sostener el comunismo.

—¡Qué tontería!—dijo Rosanette.—¿Podrá eso llegar jamás?

La otra citó como prueba á los Esenios, á los Frailes Moravios, á los jesuitas del Paraguay, la familia de los Pingons cerca de Thiers en Auvernia; y como gesticulara mucho, su cadena de reló se enredó con un borreguillo de oro de su colección de dijes.

De repente palideció Rosanette extraordinariamente. La Vatnaz seguía desenredando su dije.

—No te molestes más—expresó Rosanette—ahora conozco tus opiniones políticas.

—¿Qué?—exclamó la Vatnaz, poniéndose tan encarnada como una virgen.

—¡Oh! ya me comprendes.

Federico no comprendía. Había sobrevenido entre ellas evidentemente algo más capital y más íntimo que el socialismo.

—Y aun cuando así fuera—replicó la Vatnaz irguiéndose intrépidamente.—Es un préstamo, querida mía, deuda por deuda.

—¡Pardiez! yo no niego las mías. ¡Qué historia por algunos miles de pesetas! Yo pido prestado, al menos; pero no robo á nadie.

La señorita Vatnaz trató de reir.

—¡Oh! si pondría mi mano al fuego.

—Ten cuidado que está tan seca que puede arder.

La vieja señorita le presentó su mano derecha dejándola levantada á la altura de su rostro diciendo:

—Algunos amigos tuyos la encuentran aceptable.

—¿Cómo castañuelas? Serán andaluces.

—¡Mala mujer!

La Mariscalá hizo un gran saludo.

—Ya no hay atractivos.

La Vatnaz no contestó nada. Algunas gotas de sudor brotaron de sus sienas. Sus ojos se fi-